

apretados y coléricos; porque estos arrepentimientos, hechos con ímpetu, no se hacen según la gravedad de nuestras faltas, sino según nuestras inclinaciones. Por ejemplo: aquel que ama la castidad, sentirá con grandísimo extremo la menor falta que contra ella cometa; y no hará sino reirse de la mayor murmuración en que caiga. Al contrario, aquel que aborrece la murmuración, se atormentará por haber caído en la menor de tracción, y no hará caso de una gran falta contra la castidad; lo cual no sucede por otra causa sino porque los tales no hacen el juicio de su conciencia por razón, sino por pasión.

Créeme, Filotea, que de la misma manera que las amonestaciones de un padre, hechas suave y cordialmente, tienen más fuerza para corregir un hijo que la demasiada cólera y enojo, así cuando nuestro corazón habrá hecho alguna falta, si le reprendemos con amonestaciones suaves y sosegadas, teniendo más compasión de él que pasión contra él, animándole á la enmienda, el arrepentimiento que concebirá tomará más raíces y le penetrará mejor que lo haría por un arrepentimiento enojoso, arrebatado y tempestuoso.

Cuanto á mí, si yo tuviese (por ejemplo) gran deseo de no caer en el vicio de la vanidad, y que no obstante esto hubiese grandemente caído en él, no por eso querría reprender mi corazón de esta manera: ¿No eres tú, miserable y abominable, quien después de tantas resoluciones te has dejado llevar de esta vanidad? Muere de vergüenza; no levantes más los ojos al cielo, ciego, imprudente, traidor y desleal á tu Dios; sino antes querría corregirle por razón y vía de compasión, diciéndole: Ahora bien, pobre corazón mío, vesnos

aquí caídos dentro del foso, del cual tantas veces habíamos resuelto el escaparnos. ¡Ah, pobres de nosotros! Levantémonos y huyámosle el cuerpo para siempre; reclamemos la misericordia de Dios, y esperemos en ella, que ella nos ayudará para de aquí adelante ser más fuertes, y volvámonos al camino de la humildad. Ánimo, pues, corazón mío; no seamos ya más tan fáciles: Dios será servido de ayudarnos, con que no harémos poco. Y querría aún más: fabricar sobre esta reprehensión una firme y sólida resolución de nunca más caer en la falta, tomando los medios importantes á este fin, y de la misma manera el aviso de mi maestro.

Y si no obstante esto hallare alguno que su corazón no se mueve bastantemente para esta suave corrección, podrá el tal emplear la contradicción y una reprehensión áspera y fuerte, para excitarle á una profunda confusión, con tal que después de haberle con dureza reprendido y enojado, dé fin con un consuelo, acabando toda su ansia y enojo en una suave y santa confianza en Dios, á imitación de aquel gran penitente, el cual, viendo su alma afligida, la consolaba de esta suerte: *¿Por qué estás tú triste ¡oh alma mía! y por qué me alborotas? Espera en Dios, porque yo le bendeciré, aun como la salud de mi cara, y mi verdadero Dios* (1).

Levanta, pues, tu corazón, cuando cayere, con suavidad, humillándote grandemente delante de tu Dios por el conocimiento de tu miseria, sin que de ninguna manera te espantes de su caída, pues no es cosa de admiración ver que la enfermedad sea enferma, la fla-

(1) Salmos, XLII, 5.

queza flaca y la miseria apocada. Abomina fuera de esto con todas tus fuerzas la ofensa que Dios ha recibido de ti, y con un grande ánimo y confianza en su misericordia, vuélvete al camino de la virtud que habías abandonado.

CAPITULO X

QUE SE HA DE TRATAR DE LOS NEGOCIOS CON CUENTA
PERO SIN CONGOJA Y CUIDADO.

La cuenta y diligencia que debemos tener en nuestros negocios son cosas bien diferentes de la solicitud, cuidado y congoja. Los ángeles tienen cuenta de nuestra salvación y la procuran con diligencia; mas no por eso tienen solicitud, cuidado ni congoja; porque la cuenta y diligencia pertenece á su caridad; pero la solicitud, cuidado y congoja sería contrario á su felicidad. Así que la cuenta y diligencia pueden estar acompañadas de la tranquilidad y paz de espíritu; pero no la solicitud y cuidado, y mucho menos la congoja.

Ten, pues, cuenta y diligencia en todos los negocios que tuvieres á cargo, Filotea mía, porque Dios, habiéndotelos confiado, quiere que tengas una gran cuenta con ellos; pero si fuere posible, no pongas solicitud ni cuidado; esto es, que no los empieces con inquietud, ansia ni ardor, ni te congojes en su alcance, porque toda suerte de congoja turba la razón y el juicio, y nos impide asimismo el acierto de la cosa que deseamos.

Cuando nuestro Señor reprende á santa Marta, dice: *Marta, Marta, tú estás muy solícita y te alborotas por muchas cosas* (1). ¿Ves tú cómo si ella se hubiera mostrado simplemente cuidadosa no se hubiera alborotado? mas por cuanto estaba demasiado cuidadosa é inquieta, se congojó y alborotó, que es de lo que nuestro Señor la reprende. Los ríos que mansamente corren por las llanuras, traen los grandes bajeles y ricas mercancías; y las aguas que caen poco á poco en la campaña, la fecundan de yerba y de grano; pero las corrientes y ríos que con gran furia corren sobre la tierra, arruinan las comarcas y son inútiles al comercio; y asimismo, las aguas vehementes y tempestuosas, asolan los campos y las praderías. Jamás obra hecha con ímpetu y congoja fué bien acabada. Las cosas se han de acabar poco á poco, como dice el antiguo proverbio; y aquel que se da prisa (dice Salomón) corre peligro de tropezar y resbalar de pies (2). Harto presto se hace la cosa cuando se hace bien. Los zánganos hacen mucho más ruido y andan mucho más embarazados que las abejas; pero no hacen la miel, sino la cera. Así, los que se congojan con un cuidado extraordinario y una solicitud impertinente, no hacen jamás ni mucho ni bien.

Las moscas no nos inquietan por su fortaleza, sino por la muchedumbre; así, los grandes negocios no nos desasosiegan tanto como los pequeños, cuando son muchos. Recibe, pues, los negocios que te vinieren con sosiego, y procura despacharlos por orden uno después de otro; porque si los quieres hacer todos juntos

(1) S. Lucas, x, 41.

(2) Proverbios, xix, 2.

y con desorden, será trabajo vano y cansarte has el espíritu, y será lo más cierto el rendirte en su alcance, sin conseguir ningún buen efecto.

En todos tus negocios arrímate siempre á la providencia de Dios, por la cual sola todos tus designios deben efectuarse. Procura asimismo de tu parte cooperar con ella, y después cree que si hubieres confiado bien en Dios, será siempre el suceso que te viniere el más provechoso para ti, ya te parezca malo ó bueno, según tu juicio particular.

Haz como los niños, que de la una mano se tienen á sus padres y con la otra cogen la fresa ú otras frutillas que se les ofrecen á los ojos. De la misma manera, juntando y manejando los bienes de este mundo con la una de tus manos, tendrás con la otra la del Padre celestial, tornándote á veces á él y viendo si le es agradable tu vida y tus ocupaciones. Y guárdate sobre todas cosas de dejar su mano y su protección pensando juntar y recoger aún más; porque si te abandona, no darás paso sin dar de ojos en tierra. Dígote aun más, Filotea: que cuando te vieres en medio de los negocios ú ocupaciones comunes que no requieren una atención tan grande y cuidadosa, mires más á Dios que á los negocios. Y cuando los negocios fueren de tanta importancia que requieran toda tu atención para acabarlos bien, mires de cuando en cuando á Dios, como hacen los que navegan en el mar, los cuales, para ir á la tierra que desean, miran más arriba y al cielo que no abajo donde navegan. Así Dios trabajará contigo, en ti y por ti, y tu trabajo será lleno de consuelo.

CAPÍTULO XI

DE LA OBEDIENCIA.

Solamente la caridad nos pone en la perfección; pero la obediencia, la castidad y la pobreza, son los tres grandes medios para adquirirla. La obediencia consagra nuestro corazón; la castidad nuestro cuerpo; y la pobreza nuestros medios al amor y servicio de Dios. Estas son las tres ramas de la cruz espiritual, todas tres fundadas sobre la cuarta, que es la humildad. No diré nada de estas tres virtudes, en cuanto son solamente votadas, y no tocar esto sino á solos los religiosos; ni tampoco en cuanto son simplemente votadas, por cuanto, aunque el voto da siempre muchas gracias y merecimientos á todas las virtudes, para lo que yo pretendo no es necesario que sean ó no votadas con tal que se observen; porque aunque siendo votadas (y principalmente solemnemente) ponen al hombre en estado de perfección, basta, no obstante esto, que sean observadas para perfeccionarle, habiendo, no obstante esto, poca diferencia entre el estado de la perfección y la perfección, pues que todos los obispos y religiosos están en el estado de la perfección, y no por eso todos están en la perfección, como se ve más de lo que justo fuera. Procuremos, pues, Filotea, practicar bien estas tres virtudes, cada uno según su estado; porque aunque ellas no nos pongan en el estado de perfección, nos darán con todo esto la misma perfección; y también estamos todos obligados á la práctica de estas tres virtudes, aunque no á practicarlas todos de una misma manera.

Hay dos suertes de obediencia: la una necesaria y la otra voluntaria. Por la necesaria debes con humildad obedecer á tus superiores eclesiásticos, como al papa, al obispo, al cura, y á aquellos que de su parte fueren puestos. Debes obedecer á tus superiores políticos; esto es, á tu príncipe, y á los magistrados que el tal hubiese establecido en tu tierra. Debes también obedecer á tus superiores domésticos, como á tu padre, madre, amo y ama. Llámase, pues, esta obediencia necesaria, por cuanto ninguno puede negarla á tales superiores, habiéndoles Dios dado la autoridad de mandar y gobernar cada uno en aquello que le toca mandarnos. Haz, pues, lo que los tales te mandaren, pues esto es de necesidad; y si quieres perfeccionarte, sigue aún sus consejos, y de la misma manera sus deseos é inclinaciones, con tal que la caridad y prudencia te lo permita. Obedece cuanto te mandaren cosa agradable, como comer ó usar de alguna recreación; porque aunque parece que no es grande virtud el obedecer en tal caso, sería también el desobedecer no pequeño vicio. Obedece en las cosas indiferentes, como traer tal ó tal vestido, ir por un camino ó por otro, cantar ó reír, y esta será una obediencia de no poco merecimiento. Obedece en cosas dificultosas, ásperas y rudas, y la tal será una obediencia perfecta. Obedece, en fin, suavemente sin réplica, prontamente sin tardanza, alegremente sin enfado, y sobre todo obedece amorosamente por amor de aquel que por amor de nosotros se hizo obediente hasta la muerte de la cruz (1), el cual (como dice san Bernardo) quiso más perder la vida que la obediencia.

(1) S. Pablo á los Filipenses, II, 8. Tract. de mor. et officio, Episc., cap. IX.

Para aprender fácilmente á obedecer á tus superiores, condesciende también fácilmente con la voluntad de tus semejantes, cediendo á sus opiniones en lo que no fuere malo, sin ser contencioso ni porfiado. Acómódate de buena gana con los deseos de tus inferiores, cuanto la razón lo permitiere, sin usar con ellos de ninguna autoridad superior mientras fueren buenos.

Es manifiesto engaño el creer que si fuésemos religiosos ó religiosas obedeceríamos fácilmente, hallando dificultad en obedecer á los que Dios nos dió por superiores.

Llamamos obediencia voluntaria aquella á la cual nos obligamos por nuestra propia elección, y la cual no nos es impuesta por ningún otro. No se escoge de ordinario el príncipe y el obispo, el padre y la madre, ni tampoco muchas veces el marido; pero escógese bien el confesor, el maestro. Pongamos, pues, caso, que escogiéndole se haga voto de obedecerle, como se ha dicho que la madre Teresa, fuera de la obediencia solemnemente votada al superior de su orden, se obligó por un voto simple á obedecer al padre Gracián; ó que sin voto nos dediquemos á la obediencia de alguno; siempre esta obediencia se llama voluntaria por la razón de su fundamento, que depende de nuestra voluntad y elección.

Hase de obedecer á todos los superiores, á cada uno en aquello de que tiene cargo para con nosotros, como en lo que toca á la policía y cosas públicas, se ha de obedecer á los príncipes; á los prelados en lo que toca á la policía eclesiástica; en las cosas domésticas, al padre, al amo, al marido; y cuanto á la dirección particular del alma, al maestro y confesor particular,

Haz que te ordene las acciones de piedad que debes observar tu padre espiritual, porque así serán mejores y tendrán doblada gracia y bondad: lo uno por sí mismas, por ser piadosas; y lo otro por la obediencia que las habrá ordenado, en cuya virtud serán hechas. Dichosos los obedientes, porque Dios no permitirá nunca que se descaminen ni pierdan.

CAPÍTULO XII

DE LA NECESIDAD DE LA CASTIDAD.

La castidad es la flor de las virtudes: ésta hace á los hombres casi iguales á los ángeles; nada es hermoso no acompañado de la limpieza: y la limpieza de los hombres es la castidad. Llámase la castidad honestidad, y su profesión honra. Llámase también integridad, y su contrario corrupción. Tiene, fuera de esto, su gloria separada, por ser la hermosa y blanca virtud del alma y del cuerpo.

Jamás nos es permitido dar á nuestros cuerpos ningún impúdico placer, de ninguna manera que sea, sino en un legítimo matrimonio, del cual la santidad puede, por una justa compensación, reparar la falta que causa la delectación. También en el matrimonio se ha de observar la honestidad de la intención, porque si hay alguna malicia en el deleite, no haya sino honestidad en la voluntad.

El corazón casto es como la madre-perla, que no puede recibir ni una gota de agua no viniendo del

cielo (1); y así él no puede recibir ningún placer sino el del matrimonio, el cual es ordenado del cielo. Fuera desto, no le es permitido ningún pensamiento deshonesto, voluntario y entretenido.

Cuanto al primer grado de esta virtud, guárdate, Filotea, de admitir ninguna suerte de deleite que sea prohibido y defendido, como son aquellos que se reciben fuera del matrimonio; y de la misma manera los del matrimonio cuando se usan fuera de la regla del matrimonio.

Cuanto á lo segundo, te apartarás cuanto te sea posible de los deleites inútiles y superfluos, aunque lícitos y permitidos.

Cuanto á lo tercero, no pondrás toda tu afición en los placeres deleitosos que son mandados y ordenados; porque aunque se hayan de usar los deleites necesarios, esto es, los que miran al fin é institución del santo matrimonio, no por eso debemos atar á ellos el corazón y el espíritu.

En lo demás, todos tienen gran necesidad de esta virtud: los que están en viudez, deben tener una animosa castidad, y que no sólo menosprecien los objetos presentes y futuros, pero que resistan á las imaginaciones que los placeres lícitamente recibidos en el matrimonio pueden producir en su espíritu; los cuales por esto son más fáciles á los atraimientos deshonestos. Á este propósito san Agustín encarece la pureza de su amado Alipio (2), el cual había totalmente olvidado y menospreciado los deleites carnales, habiéndolos, no obstante esto, experimentado en su juventud;

(1) Vide supra nota, pag. 133.

(2) Confess., lib. VI, c. XII.

y es cierto que mientras los frutos están enteros, pueden conservarse, unos sobre paja, otros entre la arena y otros en su propio follaje; pero estando una vez decentados, es casi imposible el guardarlos si no es en conserva de miel y azúcar. Así, la castidad que no está aún tocada ni violada, puede guardarse de muchas maneras; pero estando una vez sentida ó decentada, nada la puede conservar sino una excelente devoción, la cual, como ya he dicho muchas veces, es la verdadera miel y azúcar del espíritu.

Las vírgenes han menester una castidad extremadamente simple para despedir de su corazón toda suerte de curiosos pensamientos y menospreciar con un absoluto menosprecio toda suerte de placeres inmundos, los cuales verdaderamente no merecen ser deseados de los hombres, pues más que los hombres son capaces de ellos los jumentos y brutos. Guárdense, pues, estas almas puras de dudar que la castidad no sea incomparablemente mejor que todo aquello que la es incompatible; porque (como dice el gran san Jerónimo) (1) el enemigo aprieta violentamente las vírgenes, provocándolas al deseo de la prueba de los deleites, representándoselos infinitamente más gustosos y regalados de lo que ellos son, lo cual muchas veces las inquieta mucho, por cuanto (dice este santo Padre) ellas tienen por más dulce y gustoso aquello que ignoran. Porque como la pequeña mariposa, viendo la llama va curiosamente volando alrededor de ella, por probar si es tan dulce como hermosa, y apretada de esta fantasía, no cesa hasta que se pierde á la primera prueba; así

(1) Ep. cxvii, ad Matrem et Filiam, § 6.

la gente moza muy de ordinario se deja de tal manera asaltar de la falsa y loca estimación que hacen del placer de las llamas lascivas, que después de muchos curiosos pensamientos, se van, en fin, á arruinar y perder; más locos en esto que la mariposa, por cuanto ésta tiene alguna ocasión de pensar que el fuego sea regalado, pues es tan hermoso; y ellos, sabiendo que aquello que buscan es por extremo deshonesto, no dejan por tanto de preferir la loca y brutal delectación.

Pero cuanto á los casados, es cierto (no obstante que el vulgo no lo siente así) que les es muy necesaria la castidad, por cuanto ésta en ellos no consiste en abstenerse absolutamente de los placeres carnales, sino en el contenerse entre los placeres. Así como este mandamiento, *Enojáos y no pequeis* (1), es á mi parecer más difícil que este, *No os enojeis*, y que es antes más fácil el evitar la cólera que el reglarla, así es también más fácil el guardarse de todo punto de los deleites carnales que el guardar en ellos la moderación. Verdad es que la santa licencia del matrimonio tiene una fuerza particular para apagar el fuego de la concupiscencia; mas la flaqueza de los que de él gozan, pasa fácilmente de la permisión á la disolución, y del uso al abuso; y como se ve que muchos ricos hurtan, no por necesidad, sino por avaricia, así también se ve mucha gente casada desreglarse á los placeres ilícitos sólo por intemperancia y lubricidad, no obstante el legítimo objeto, con el cual se deberían y podrían contentar; siendo su concupiscencia como un fuego ligero que va quemando á una parte y á otra, sin asistir á ninguna

(1) Salmos, iv, 5.

parte. Es siempre peligroso el tomar medicamentos violentos, por cuanto si se toman más de lo necesario, ó que no estén bien preparados, se recibe gran daño. El matrimonio ha sido ordenado en parte para el remedio de la concupiscencia, y es sin duda un bonísimo remedio, pero violento, y por el consiguiente peligroso si no se usa con discreción.

Añado á esto que la variedad de los negocios humanos, fuera de las grandes enfermedades de que suele ser causa, aparta muchas veces los maridos de con sus mujeres. Por esto tienen los maridos necesidad de dos suertes de castidad: la una por la abstinencia absoluta que deben tener cuando están separados en las ocasiones que he dicho, y la otra por la moderación que deben observar hallándose juntos. Es cierto que santa Catalina de Sena vió entre los condenados muchas almas en extremo atormentadas por haber violado la santidad del matrimonio; lo cual sucedió (decía la misma santa) (1) no por la grandeza del pecado, porque los homicidios y las blasfemias son más enormes, sino por cuanto los que le cometen no hacen caso de él, y por el consiguiente continúan en él largo espacio.

Bien ves tú, pues, que la castidad es necesaria á toda suerte de gentes. *Seguid la paz con todos* (dice el Apóstol), *y la santidad, sin la cual ninguno verá á Dios* (2). Por la santidad, pues, se entiende la castidad, como san Jerónimo y san Crisóstomo lo han bien notado (3). No, Filotea, ninguno verá á Dios sin la castidad: ninguno habitará en su santo tabernácu-

(1) B. Raym. de Cap. Vita S. Cath. Sen.

(2) S. Pablo á los Hebreos, xii, 14.

(3) Homilia, xv in Matt. § 4.

lo (1) que no sea limpio de corazón (2); y como dice el mismo Salvador, los sucios y deshonestos serán desterrados (3); y bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios (4).

CAPÍTULO XIII

AVISO PARA CONSERVAR LA CASTIDAD.

Estarás siempre, Filotea, pronta y aparejada á apartarte de todos los caminos, halagos y cebos de la lubricidad; porque este mal crece insensiblemente, y por pequeños principios hace progresos á grandes accidentes. Mucho más fácil es el huírle que el sanarle.

Los cuerpos humanos parecen á los vidrios, que no pueden traerse tocándose los unos con los otros sin peligro de romperse; y á los frutos, los cuales, aunque enteros y en su sazón, no dejan de recibir gran daño tocándose los unos con los otros. El agua también, por fresca que esté en un vaso, siendo tocada de algún animal terrestre, no puede conservar largo espacio su frescura. No permitas, pues, Filotea que ninguno te toque livianamente, ni por manera de burla ni juego; porque aunque puede ser conservarse la castidad por estas acciones, antes livianas que maliciosas, no por eso deja de recibir mengua y detrimento la frescura y

(1) Salmos, xiv, 1.

(2) *Ibid.*, xxiii, 4.

(3) Apoc., xii, 15.

(4) S. Mateo, v, 8.

flor de la castidad; y cuanto al dejarse tocar deshonestamente, es siempre la total ruína de la castidad.

La castidad depende del corazón como de su origen; pero mira al cuerpo como su materia. Por esto, pues, se pierde por todos los sentidos exteriores del cuerpo, y por los pensamientos y deseos del corazón. Impudicidad es el mirar, oír, hablar, oler y tocar cosas deshonestas cuando el corazón se detiene y recibe en ello gusto; y san Pablo dice que no sólo no se ha de pensar en la fornicación, pero ni aun mentarla (1). Las abejas no sólo no quieren tocar los cuerpos muertos, sino que huyen y aborrecen con extremo toda suerte de hediondez y mal olor. La sagrada Esposa, en el Cántico de los Cánticos (2), tiene sus manos que destilan mirra, licor preservativo de la corrupción; sus labios son de rubí purpúreo, señal de la vergüenza de palabras; sus ojos de paloma, por causa de su limpieza; sus orejas tienen zarcillos de oro, muestra de pureza; su nariz, semejante á los cedros de Líbano, madera incorruptible. Tal debe ser el alma devota: casta, limpia y honesta, de manos, de labios, de orejas, de ojos y de todo su cuerpo.

Á este propósito quiero traerte lo que el anciano padre Juan Casiano dice (3), como pronunciado de la boca del gran san Basilio; el cual, hablando de sí mismo, dijo un día: *Yo no sé lo que son mujeres, y con todo eso no soy virgen*. Verdaderamente la castidad se puede perder de tantas maneras como hay deshonestidades y lascivias; las cuales, según son gran-

(1) S. Pablo á los Efesios, v, 3.

(2) Cantares, c. v, 5; iv, 3, 1; i, 10; vii, 4.

(3) Instit., lib. VI, c. xix.

des ó pequeñas, las unas la debilitan, las otras la hieren y las otras de todo punto la matan. Hay otras pasiones, no sólo indiscretas, pero viciosas; no sólo locas, pero deshonestas; no sólo sensuales, pero carnales; y por estas la castidad queda por lo menos muy ofendida é interesada. Dije por lo menos, por cuanto muere y perece de todo punto cuando las lascivias dan á la carne el último efecto de placer deleitoso; porque entonces padece la castidad más indigna y desventuradamente que cuando se pierde por la fornicación; y no sólo por la fornicación, pero por el adulterio é incesto; porque estas últimas especies de torpeza no son sino pecados; pero las otras, como dice Tertuliano en el libro de la Honestidad (1), son monstruos de iniquidad y pecado. Casiano no cree, ni yo tampoco, que san Basilio tropezase en este desconcierto cuando se acusa de no ser virgen; y así pienso que no decía esto sino por los malos y viciosos pensamientos, los cuales, aunque no hubiesen manchado su cuerpo, habían no obstante contaminado su corazón, cuya castidad celan en extremo las almas generosas.

No converses de ninguna manera con las personas deshonestas, principalmente si son también escandalosas (como lo son casi siempre), porque como los carbonos cuando tocan con la lengua los almendros dulces, los vuelven amargos (2), así estas almas hediondas y corazones infectados, no hablan á nadie, ni del uno ni del otro sexo, que no le hagan apartarse algo de la honestidad. Tienen los tales el veneno

(1) Cap. IV.

(2) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XVII, c. xxiv (al xxxvii).

en los ojos y en el aliento como los basiliscos (1).

Tratarás, pues, las gentes castas y virtuosas; pensarás y leerás á menudo en las cosas sagradas, porque la palabra de Dios es casta y hace á los que se deleitan en ella castos (2); y así la compara David al topacio (3), piedra preciosa, la cual, por su propiedad, mitiga el ardor de la concupiscencia (4).

Considérate siempre cerca de Jesucristo crucificado, espiritualmente por la meditación, y realmente por la santa Comunión; porque de la misma manera que los que descansan sobre la yerba llamada agnocasto se hacen castos y honestos (5), de la misma manera, reposando tu corazón en nuestro Señor, que es el verdadero Cordero casto y sin mácula, verás cuán presto tu alma y tu corazón se hallarán purificados de toda lubricidad y torpeza.

CAPÍTULO XIV

DE LA POBREZA DE ESPÍRITU OBSERVADA ENTRE
LAS RIQUEZAS.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque poseerán el reino de los cielos (6). Desventurados, pues, los ricos de espíritu, porque poseerán la miseria

(1) Plin., lib. VIII, c. XXI (al XXXII, XXXIII).

(2) Salmos, XI, 7.

(3) *Ibid.*, cxviii, 127.

(4) Vincent Bellov, *Speculum naturæ*, lib. VIII, c. cvi.

(5) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXIV, c. XIX (al XXXVIII).

(6) S. Mateo, v, 3.

del infierno. Rico es de espíritu aquel que tiene sus riquezas en su espíritu, ó su espíritu en sus riquezas. Pobre es de espíritu aquel que no tiene ningunas riquezas en su espíritu, ni su espíritu en las riquezas. Los alciones hacen sus nidos cubiertos por todas partes, no dejando sino una pequeña abertura por arriba: hácenlos á la orilla de la mar, pero tan firmes é impenetrables, que aunque les cojan las ondas, nunca puede entrarles el agua; antes, nadando siempre sobre ella, quedan en medio de la mar, sobre la mar y dueños de la mar (1). Tu corazón, amada Filotea, debe ser de la misma manera, abierto sólo al cielo é impenetrable á las riquezas y cosas caducas. Si de éstas tuvieses abundancia, ten tu corazón exento de la afición de ellas, de suerte que tengan siempre la parte superior, y que en medio de sus riquezas esté sin riquezas, y se haga dueño y no esclavo de ellas. No pongas tu espíritu celeste en los bienes terrestres, sino sobre ellos y no en ellos.

Diferencia hay entre tener ponzoña ó estar emponzoñado. Los boticarios tienen casi todos venenos para servirse en ciertas ocurrencias; mas no por eso están venenosos, porque no tienen el veneno en el cuerpo, sino en las boticas. Así puedes tú también tener riquezas, sin estar emponzoñada de ellas: esto será si las tuvieses en tu casa ó en tu bolsa, no en tu corazón. Ser rico en efecto y pobre en afición, es la gran dicha del cristiano, por cuanto por este medio tiene las comodidades de la riqueza para este mundo, y el merecimiento de la pobreza para el otro.

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. X, c. XXXII (al XLVII).

Vemos, Filotea, que jamás ninguno quiere confesar ser avaro; todos aborrecen esta bajeza y vileza de corazón; excúsanse con que les obliga el cargo de los hijos, y con que la sabiduría manda que se establezcan en medios y fuerzas. Jamás tienen demasiado: hállanse siempre necesitados de tener aún más; y así mismo los avaros, no sólo no confiesan serlo, mas ni aun piensan en sus conciencias que lo son; porque la avaricia es una figura prodigiosa, la cual se hace tanto más sensible cuanto es más ardiente y violenta. Moisés vió el fuego sagrado que quemaba una zarza, sin que de ninguna manera la consumiese (1). Pero al contrario, el fuego profano de la avaricia consume y acaba los avarientos, sin que de ninguna manera les queme; ó por lo menos, en medio de su ardor y calor más excesivo, les parece que su alteración insaciable es una sed natural y suave.

Si desearas largo espacio con ansia é inquietud los bienes que no tuvieres, aunque te parezca que así no los desearas injustamente, no por eso dejarás de ser avaro. Aquel que desea con ansia mucho tiempo y con inquietud el beber, aunque el tal no quiera beber sino agua, no deja por eso de dar muestras de tener accidente.

No sé, Filotea, si es un deseo justo el desear tener justamente lo que otro posee justamente; porque parece que por este deseo nos queremos acomodar por la incomodidad ajena. ¿Aquel que posee un bien justamente, no tiene más razón de guardarle justamente que nosotros de desearle justamente? ¿Por qué, pues alar-

(1) Exodo, III, 2.

gamos nuestro deseo á su comodidad para privarle de ella? Por lo menos, si este deseo es justo, no será caritativo; porque nosotros no queríamos de ninguna manera que ninguno deseara (aunque justamente) lo que nosotros queremos guardar justamente. Este fué el pecado de Achab (1), que quiso tener justamente la viña de Naboth, el cual la quería aún más justamente guardar; deseóla con ansia mucho tiempo y con inquietud, y por eso ofendió á Dios.

Procura, Filotea, desear los bienes del prójimo cuando comencare á desear dejarlos, porque entonces su deseo hará el tuyo, no sólo justo, pero caritativo; que bien quiero procures acrecentar tus medios y facultades, con tal que esto sea mansa y caritativamente.

Si amas con extremo los bienes que tienes, y para esto andas siempre muy embarazada, poniendo en ellos tu corazón, y asida á tus pensamientos, temiendo con un vivo miedo el perderlos, créeme que tienes alguna suerte de accidente; porque los que le tienen beben el agua que les dan con una cierta ansia, con una suerte de atención y gusto, lo cual falta en los que están sanos. Es imposible agradarse mucho de una cosa sin tenerla mucha afición.

Si te sucediere perder la hacienda, y conocieres que tu corazón se atormenta y aflige mucho, créeme Filotea, que la tenías mucha afición, porque nada atestigua tanto la afición para con la cosa perdida como la aflicción de la pérdida.

No desees, pues, con un deseo entero y formado

(1) Reyes, III, XXI, 2, 3.

los bienes que no tienes. No arraigues tu corazón demasiado en los que tienes. No te aflijas por las pérdidas que te sobrevinieren, y así darás algún indicio de creer que, siendo rica en efecto, no lo eres de afición, sino que eres pobre de espíritu, y por consiguiente bienaventurada, pues como á tal te pertenece el reino de los cielos (1).

CAPÍTULO XV

CÓMO SE HA DE PRACTICAR LA POBREZA REAL, QUEDANDO CON TODO ESO REALMENTE RICOS.

El pintor Parrasio pintaba el pueblo ateniense por una invención muy ingeniosa, representándole de un natural diverso y variable, colérico, injusto, inconstante, cortés, clemente, misericordioso, altivo, glorioso, humilde, arrogante y fiero, y todo esto junto (2). Pero yo, amada Filotea, querría hacer aún más, porque querría poner en tu corazón la riqueza y la pobreza juntas, un grande cuidado y un grande menosprecio de las cosas temporales.

Ten mucho más cuidado que los mundanos tienen en que tus riquezas sean más útiles y provechosas. Dime: los jardineros de los grandes príncipes, ¿no se muestran más cuidadosos y diligentes en el cultivar y hermosear los jardines que tienen á cargo que si

(1) S. Mateo, v. 3.

(2) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXXV, c. x (al xxxvi).

fueran suyos propios? ¿Y por qué hacen esto? Por cuanto sin duda consideran estos jardines como jardines de reyes y príncipes, á los cuales desean agradar por tales servicios. Amada Filotea, las posesiones que tenemos no son nuestras; Dios nos las ha dado para que las cultivemos, y quiere que las hagamos fructuosas y útiles, y por esta razón le agradamos en tener cuenta de ellas,

Mas es necesario que éste sea un cuidado mayor y más sólido que el que los mundanos tienen de sus bienes, porque los tales no se embarazan sino por amor de ellos mismos, y nosotros debemos trabajar por amor de Dios. Como el amor, pues, de sí mismo, es violento, inquieto y alborotado, así el cuidado que de él resulta está lleno de desasosiego, inquietud y desabrimiento. Y como el amor de Dios es dulce, suave y apacible, así el cuidado que procede de él, aunque éste sea por los bienes del mundo, es amigable, dulce y apacible. Tengamos, pues, este cuidado apacible de la conservación; esto es, del aumento de nuestros bienes temporales, cuando se presentare una justa ocasión y cuando nuestro estado lo requiera; porque Dios quiere que hagamos esto por él.

Pero tendrás cuenta que el amor propio no te engañe, porque á veces éste contrahace también el amor de Dios, que dirían que es el mismo. Por estorbar, pues, que no te engañe, y que este cuidado de los bienes temporales no se convierta en avaricia, fuera de lo que he dicho en el capítulo precedente, es necesario practicar muy á menudo la pobreza real y efectual en medio de todas las facultades y riquezas que Dios nos ha dado.